

Sobre el fin de la historia y la negación del futuro, en la obra de José Blanco Regueira

RUSH GONZÁLEZ*

Quisiera plantear aquí unos cuantos renglones en torno al pensamiento de José Blanco Regueira enderezados hacia la cuestión del sentido y fin de la historia y la negación del futuro a partir de un documento exclusivo: “Breve meditación sobre el embrutecimiento”, aparecido en el libro *¿Qué es eso de la filosofía? Razón o embrutecimiento*.

Decía Jaques Lacan que a veces un autor dice mucho más en lo que calla que en lo que propone expresamente. El título mencionado es un pequeño artículo cuyo contenido puede impulsar el bosquejo de un abanico multitemático, tanto expreso como embozado acerca de diversos puntos; y sobre este supuesto enfilamos nuestra barca hacia la huella de la meta de la historia en la obra del doctor Blanco. Meta que por demás no ha de entenderse como el punto programado donde habrían de encontrar el culmen desarrollo las potencialidades humanas, sino más bien como la fase desgraciada más inmediata del tiempo del hombre, cuyo eco no acaba de retumbar en las paredes de nuestro presente.

Para nuestro gusto, el artículo en cuestión puede considerarse, en más de un sentido, como una genealogía del embrutecimiento, visto éste retrospectivamente, localizando la coordenada de su gestación en el antiguo pueblo griego. El autor realiza con esto una decisión metodológica y un juicio de valor, estrategia propia de la epistemología. El rastro de la huella donde se vestigia el origen del embrutecimiento moderno se le halla, según éste, en los corredores de la Polis y en el claro del Partenón.

* Candidato a doctor en Filosofía por la UNAM; profesor e investigador de la Facultad de Humanidades de la UAEM.

El logos griego, para nuestro autor, representa una suerte de parteaguas que divide la historia en dos; particularmente le interesa la segunda, es decir, la que adviene luego de esta irrupción; esto porque nos atañe en cuanto derivados de los planteamientos del pueblo griego: la época moderna, dice, “resulta pensable a partir del logos griego” (Blanco, 2003: 17). La historia de Occidente inicia junto con la irrupción del logos griego. Este planteamiento no tendría mayor relevancia si con ello sólo se dibujara el esquema de un origen espiritual; sin embargo, nuestro autor, va a encontrar que dicha semilla trae en su seno un destino inexpugnable.

Se diría que para el doctor Blanco, al igual que para Nietzsche y Heidegger, el destino de la historia estaba predeterminado desde su gestación misma; al respecto, el doctor Blanco dice: “el más genuino pensamiento griego (Logos) llevaba ya en sus entrañas, presagiada” (Blanco, 2003: 17) la desembocadura de su trama. Entendiendo por desembocadura no al fin de la historia, ni a la paralización del tiempo, sino más bien, a una especie de capítulo ulterior ineludible, inspirado desde el origen de su trama.

En el doctor Blanco volvemos a encontrar ese dejo de determinismo en la razón causal de la historia. Esto también lo encontramos en Marx y en Freud, claro, con sus respectivas vicisitudes: en Marx serían las condiciones materiales y económicas las que determinan los modos de la superestructura; mientras en Freud sería el inconsciente el que condiciona la determinación de la historia y la conducta de la gente. En ambos casos asistimos al desvelamiento de fuerzas que sobrepasan la autonomía subjetiva de los hombres, en donde cada sucesión en el tiempo viene propiciada y condicionada por el conjunto de pasos previamente acotados. Así también en el pensamiento del doctor Blanco, el presente se explica por el pasado, pero se explica en una descripción sin alternativa, la indagación teórica sirve cual lámpara en la penumbra, para iluminar la relieve de sus inexorables determinaciones, con lo que se revela, una vez más, la desgraciada condición y situación del hombre, quien bufonamente se concibe como el timonel del barco, cuanto que la marcha de la nave está muy lejos de depender de su arbitrio.

No es gratuita la recurrente alusión del autor a los términos de bufón, cómico, ridículo y demás epítetos, para calificar la condición humana, de lo que puede colegirse que para éste, el destino del hombre está hilvanado por lo cómico y la desgracia de creerse rey siendo esclavo e idiota. Vaya situación tan desafortunada la que se dibuja a partir de aquí para el hombre. Pero quizá la condición de éste no sea tan trágica, porque se sobreentienda que es cómico,

antes bien, porque no posee en su haber las condiciones necesarias para adueñarse de su destino. En el pensamiento de nuestro autor, el ser del hombre es llevado de un lado a otro, cual hoja flotante en la mar, sin posibilidad para contrarrestar los infortunios de la corriente. La palabra libertad, lo mismo dijérase de la verdad, no es “sino un artilugio eficacísimo, pergeñado para camuflar lo que de vergonzoso hay en todas las derrotas del pensamiento” (*La lidia del pensamiento*, texto inédito) y del obrar del hombre.

Blanco podría rememorar literalmente aquella frase de Fromm donde dice: “a sabiendas de que no hay libertad, sin embargo, actuemos como si la hubiera”. Como si la única posibilidad que cupiera en el haber del hombre fuera el autoengaño voluntario o, en su defecto, el autoengaño irremediable. Lo trágico, en este sentido, de la vida del hombre no consiste en portar la máscara del bufón sino, más bien, en la percepción de esta comedia para continuar con el teatro.

Así, la historia universal de Occidente puede entenderse como la compleja trama de resortes ocultos que orientan el destino de la misma hacia una desembocadura común e inevitable: la locura, o como nuestro autor prefiere enunciarla, el embrutecimiento.

La cronología de la historia que se desprende de la descripción de nuestro autor converge con la historia de una suerte de locura, misma que, en todos los casos, se deriva no precisamente por la neblina de la razón, antes bien, colegirá: “todo efecto de embrutecimiento en una sociedad humana proviene siempre y en cualquier tesitura de un uso humanísimo de la razón” (Blanco, 2003: 16). El embrutecimiento, en cualquier caso, ha sido el resultado o producto de un uso humanísimo de la razón. Esto es, no hay, en la óptica de nuestro autor, una contradicción entre la razón y el embrutecimiento; por el contrario, podría decirse que el embrutecimiento es sólo el resultado de un uso exacerbado de la razón.

Pero ¿cuál es el *factum* de este destino que ha germinado a primera hora de los griegos?, ¿qué elemento peculiar traía, o importaba, el Logos griego capaz de gestionar a la larga, y a la postre, un estado de estupidez generalizado? Nuestro autor afirmará que dicho *factum* abiertamente lo presenciamos en este anhelo, aparentemente moderno, hacia la sistematización de todos los productos de la razón, es decir, en la “programación, historización: procesos todos ellos que conducen perfectamente articulados entre sí a un empobrecimiento de la vida sin precedentes... Una gran maquinaria digestiva (ingestiva y secretora) resuelve en nada aún antes de que surjan las pequeñas diferencias” (Blanco, 2003: 18).

El *factum* específico que importaba el Logos griego, desde donde se puede divisar la ocasión del empobrecimiento de la vida actual, se cifra en el anhelo expuesto por primera vez en el Poema de Parménides, y sistematizado más tarde por Platón y Aristóteles, a saber, el deseo expreso por suprimir todas las contradicciones del radio del logos, es decir, el anhelo de un logos libre de contradicciones, libre de paradojas, libre de oposiciones, lo cual decanta hoy en dirección de una “barbarie [generalizada, explayada sobre la superficie vía de la metaformática] y del Internet” (Blanco, 2003: 17).

El logos encontró al fin en la informática el claro abierto para la realización de ese anhelo soñado: el establecimiento de un logos libre de contradicciones y libre de paradojas, libre de oposiciones. Entramos con ello al espacio más propicio para el embrutecimiento generalizado, es decir, el espacio para una suerte de estupidez generalizada, que se suministra vía del humor, y donde los suministradores también se encuentran, por igual, embrutecidos, a tal grado que ni tiempo encuentran para darse cuenta, vivimos en una era urgida por la prisa en todo los ámbitos; ¿prisa de qué? Nadie lo sabe, si no fuera porque este *modus operandi* es algo común en la urbe, se diría que es una enfermedad, algo que rara vez acontece, y que podría extirparse. Sin embargo, todos estamos imbuidos en la marcha, en este ritmo, lo cual refleja el grado de desventura en que se encuentra el hombre contemporáneo.

En esta trama, dice el autor: “Me temo que en la ruta del embrutecimiento estamos a punto de alcanzar un estado de absoluta perfección como desembocadura natural de todos nuestros ‘progresos’” (Blanco, 2003: 19). Con ello, el doctor Blanco reconoce una suerte de hilo negro que ha servido para hilvanar la historia universal mediante el entramado de la secuencia de nuestros progresos, haciendo cada cual una especie de eslabón para construir la magna obra de la estupidez: el fin consistía en la expulsión de la contradicción para cantar la victoria del logos, un logos que por lo mismo se encuentra embrutecido.

Lo cierto es que desde la óptica de nuestro autor, la secuencia de la historia, motivada por ese anhelo expreso hacia la no contradicción, habría de desembocar, tal como ha desembocado, en la generalización de la estupidez, globalizada por los medios de comunicación masiva y, sobre todo, por la técnica moderna.

Finalmente, lo que echamos de menos en una consideración de esta envergadura es el atisbo de una salida, atisbo no para continuar concibiendo el tiempo como futuro, tal como ya lo ha criticado el autor mismo al cuestionar el espíritu historicista y progresista de la filosofía, esta crítica va contra la idea

de “un tiempo plano orientado hacia el vacío del Futuro..., la tarea interminable e imposible que consiste en rellenar, día tras día, hasta la muerte, el espacio de ese futuro vacío” (Blanco, 2003: 18), sino como esperanza de presente, es decir, de seguir estando, siendo. Nos negamos a aceptar las fatales conclusiones de nuestro querido doctor Blanco cuando afirma que las dos únicas formas para escapar de este desafortunado estado de estupidez generalizada son, o bien la locura “agravada”, o bien la muerte. Se traiciona al espíritu mismo de la filosofía cuando en brucea deja caer sus manos ante el asombro de los hechos. La tarea filosófica no está completa en la construcción de un diagnóstico, si ello fuera el quehacer de la filosofía, entonces nos estaríamos aquí parados. La fuerza que provoca el ímpetu y que imprime seguimiento a la filosofía, ya provenga de la sorpresa, ya del diagnóstico, conduce hacia el atisbo de la esperanza. No cierra el mundo, tampoco cierra otras posibilidades, al contrario abre el mundo a nuevas alternativas.

El planteamiento del doctor Blanco concerniente al fin de la historia y la estupidez se cierra sobre sí mismo absorbiendo las pautas de posibles nuevos horizontes en un grito ahogado, amén de presentarnos al hombre vestido con el atuendo de payaso que, por cierto, en algo tiene razón; sin embargo, ello no da ocasión para cerrar el mundo ni el porvenir, condenando al hombre a la locura o a la muerte como únicas válvulas de escape: para nuestro gusto, el suicidio no puede representar nunca una alternativa.

Referencia

Blanco, José (2003) “Qué es eso de la filosofía? Razón o embrutecimiento”, en Rush González (comp.) *¿Qué es eso de la filosofía? Razón o embrutecimiento*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, pp. 15-19.